

CAPÍTULO UNO

“Una especie de lápida vertical, de ahí que sea también un pilar”

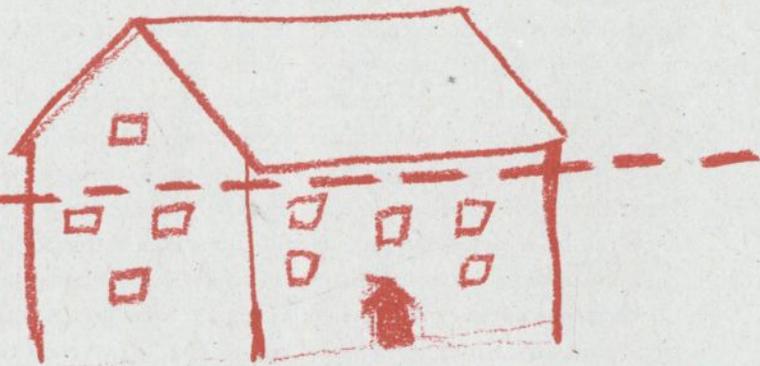
Antes, la regla era que los chicos no debían sentarse en una silla que una chica había ocupado recientemente, puesto que el chico podría sentir el calor del cuerpo de ella conservado en la silla.

Hay una película estadounidense en la que la actriz Sharon Stone está sentada en una silla en medio de un interrogatorio policial. Cruza las piernas lentamente, de modo que los agentes, la cámara y el mundo entero pueden ver que no trae ropa interior. Aunque es una mala película, esa escena me gusta, y no por la oportunidad de ver el interior de la falda de Stone, sino por la forma en que muestra diferentes manifestaciones físicas —como no se me ocurre otra palabra apropiada, supongo que no me queda más que usar esa palabra, “manifestaciones”, que es realmente espantosa, ¿verdad? El festival estaba infestado por infectas manifestaciones— de las relaciones de poder.

Stone estaba sentada en una silla aislada, por lo que quedaba completamente a la vista. Conocemos muy bien ese contexto, no sólo por películas sino por situaciones vividas en la escuela y en muchos otros sitios. (Creo que también lo conocemos por otra fuente de la que escribiré en un minuto.) Sabemos que ya ha quedado “expuesta” y que está a punto de ser “examinada” (interrogada).

Es la silla en la que uno es interrogado y torturado, por un método u otro. Aún no se trata de la “silla del testigo” que se ve en los tribunales. Es la silla del dolor que ocasiona la impotencia. La silla de la víctima.

Imagine una escena similar (el protagonista puede ser hombre o mujer, no importa): la silla está en el mismo sitio, pero hay un enorme escritorio frente a ella. (La palabra “escritorio”, «*desk*», está conectada con la palabra alemana para “mesa”, *Tisch*, y ambas significan una superficie plana. No obstante, la palabra alemana para “escritorio”, *Pult*, está conectada con la palabra inglesa “púlpito”, «*pulpit*», y tiene origen en los troncos. [Supongo que, en los viejos tiempos, el jefe druida se paraba sobre un tronco y leía desde ahí su disertación o lección.] La palabra “lección”, «*lesson*», es, tal vez, mi palabra europea favorita. Entre sus primos cercanos [a los que se les llama “cognados”] no sólo están “leyenda”, “colección”, “diligencia”, “inteligencia”, “negligencia”, “privilegio”, “léxico”, “prólogo”, “logos”, “lógica” y



CAPÍTULO UNO

“Una especie de lápida vertical, de ahí que sea también un pilar”

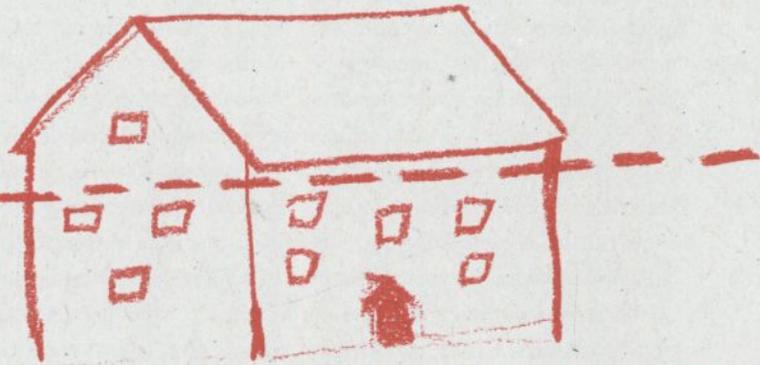
Antes, la regla era que los chicos no debían sentarse en una silla que una chica había ocupado recientemente, puesto que el chico podría sentir el calor del cuerpo de ella conservado en la silla.

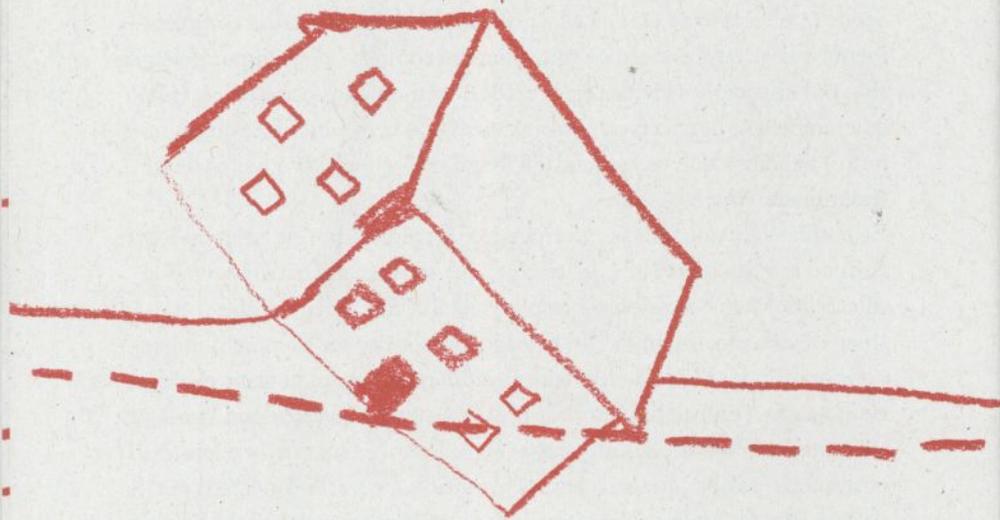
Hay una película estadounidense en la que la actriz Sharon Stone está sentada en una silla en medio de un interrogatorio policial. Cruza las piernas lentamente, de modo que los agentes, la cámara y el mundo entero pueden ver que no trae ropa interior. Aunque es una mala película, esa escena me gusta, y no por la oportunidad de ver el interior de la falda de Stone, sino por la forma en que muestra diferentes manifestaciones físicas —como no se me ocurre otra palabra apropiada, supongo que no me queda más que usar esa palabra, “manifestaciones”, que es realmente espantosa, ¿verdad? El festival estaba infestado por infectas manifestaciones— de las relaciones de poder.

Stone estaba sentada en una silla aislada, por lo que quedaba completamente a la vista. Conocemos muy bien ese contexto, no sólo por películas sino por situaciones vividas en la escuela y en muchos otros sitios. (Creo que también lo conocemos por otra fuente de la que escribiré en un minuto.) Sabemos que ya ha quedado “expuesta” y que está a punto de ser “examinada” (interrogada).

Es la silla en la que uno es interrogado y torturado, por un método u otro. Aún no se trata de la “silla del testigo” que se ve en los tribunales. Es la silla del dolor que ocasiona la impotencia. La silla de la víctima.

Imagine una escena similar (el protagonista puede ser hombre o mujer, no importa): la silla está en el mismo sitio, pero hay un enorme escritorio frente a ella. (La palabra “escritorio”, «desk», está conectada con la palabra alemana para “mesa”, *Tisch*, y ambas significan una superficie plana. No obstante, la palabra alemana para “escritorio”, *Pult*, está conectada con la palabra inglesa “púlpito”, «pulpit», y tiene origen en los troncos. [Supongo que, en los viejos tiempos, el jefe druida se paraba sobre un tronco y leía desde ahí su disertación o lección.] La palabra “lección”, «lesson», es, tal vez, mi palabra europea favorita. Entre sus primos cercanos [a los que se les llama “cognados”] no sólo están “leyenda”, “colección”, “diligencia”, “inteligencia”, “negligencia”, “privilegio”, “léxico”, “prólogo”, “logos”, “lógica” y





“logorrea”,¹ sino también las palabras alemanas para referirse a la lectura, como *lesen*, que en realidad significa “decir”, en el sentido de leer en voz alta los textos de las runas.)

En este nuevo caso, la protagonista —imaginemos que la srita. Stone aún está ahí— ya no es percibida como si estuviera sentada en una silla. Ahora se sienta “frente a su escritorio” o “detrás de su escritorio”. Es obvio que ostenta la posición de poder. Si quiero que le ponga un sello a mis papeles, debo mostrarme absolutamente sumiso ante ella.

La silla misma hace como si fuera invisible, como si no tuviera nada que ver con el asunto, como si se tratara de un *non sequitur*. Pero —pero pero pero— si sacamos la silla de la ecuación, dejando a la srita. Stone de pie, los policías sentirán que tienen el derecho de preguntarle: “¿Qué está haciendo detrás de ese escritorio?”. En ese caso, parecería una intrusa.

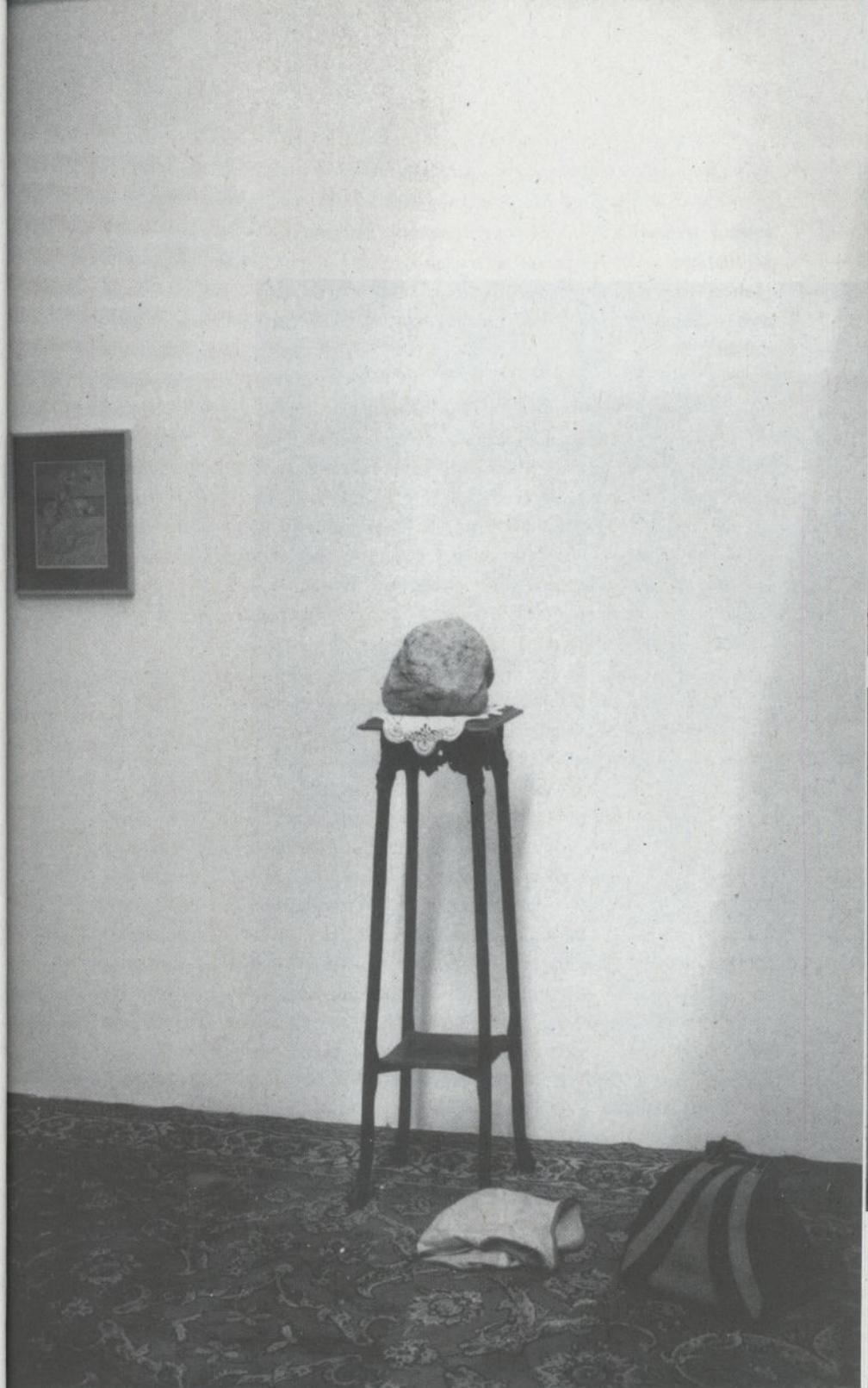
Debemos regresar un momento, no obstante, a la escena original sin ropa interior: presento ante usted la tesis de que la falda corta de Stone ha sido impuesta por y para la silla. Imagine que la escena se desarrolla en algún lugar de Japón donde no hay sillas, y que la pobre Sharon tiene que arrodillarse con coqueta timidez en un pequeño colchón o en una alfombra. A pesar de que está de rodillas, parece menos vulnerable como víctima potencial. Sería fácil cortarle la cabeza, claro, pero recuerde que lo que aquí buscamos es la tortura, no la muerte. Sólo queremos hacerle algunas preguntas. Pero aún más importante es que, en esta película japonesa, para Sharon la falda es completamente inútil. Da lo mismo si es más corta o más larga, pues no puede cruzar las piernas. Quiero decir que nuestra línea visual no nos lleva de las rodillas de Stone a su entrepierna. (Busqué una palabra que sonara mejor, pero no encontré nada. Tal vez también debería comprar un diccionario de sinónimos.) Sólo la silla puede conducir nuestros pensamientos de una manera tan extraña. Si imaginamos que Sharon Stone es una pigmea que se encuentra en algún lugar de la meseta esteparia sudafricana, podríamos comprender ese fenómeno con mayor claridad. En esa escena ella podría estar en cuclillas, o tal vez parada en un solo pie, pero el pigmeo Michael Douglas y los otros policías no podrían ni siquiera llevarla a una habitación y cerrar la puerta, ni mucho menos obligarla a sentarse en una silla. (La meseta esteparia es espaciosa, pero no tiene habitaciones.)

Por cierto, tengo un consejo muy práctico que aprendí en California: si sufre de hemorroides, tiene dificultades para evacuar o músculos abdominales débiles, parte del problema podría ser la forma de su “w.c.” (*water closet*, «clóset de agua») que, por supuesto, es en realidad una silla llena de agua, y no un clóset lleno de agua. A lo largo de miles de años, nuestros cuerpos se han acostumbrado biológicamente a ponerse en cuclillas, pero la silla de agua está hecha de tal modo que nuestras barrigas, piernas y espaldas quedan en la posición incorrecta. Si coloca una caja de madera o una plataforma de unos 20 centímetros de alto frente a su silla de agua, pondrá a su cuerpo en una posición más natural. Me gusta ser de utilidad, y espero encontrar otras oportunidades como ésta conforme progresa nuestro texto. (¿Alguna vez se ha preguntado acerca de las semejanzas entre las palabras “texto”, “textil”, “arquitectura”, “protección” y “detección”? Todas provienen de la raíz sánscrita o indoeuropea *teksati*: “él construye” o “él forma”. La palabra griega *tekton* significa “carpintero”.)

(En inglés, el carpintero, «*carpenter*», comienza como un fabricante de carros, «*cars, chariots*», mientras que el equivalente alemán, *Zimmermann*, se refiere a un fabricante de habitaciones. Es hermoso, ¿no es cierto? Este hombre no está construyendo paredes; las paredes son incidentales. Lo que está fabricando es el espacio dentro de las paredes.)

(La palabra que se utiliza en *cherokee* para “carpintero” significa “el que arregla”, alguien que acopla las cosas de una forma ingeniosa. Esa palabra también se usa coloquialmente para hacer referencia a una pareja casada. Y también alude a un poeta: alguien que acopla las palabras. Ya ve, entonces, que un carpintero *cherokee* es mucho más técnico que sus hermanos de gremio ingleses y alemanes, y más cercano al paradigma clásico griego. Sí, sí, claro que sé que involucrar a este forastero es una interrupción innecesaria cuando dos viejos enemigos amistosos, el alemán y el inglés, están sentados cómodamente, discutiendo acerca de sus sillas. Tal vez sea el momento de confesar que esa interrupción de la línea oficial no sólo es mi principal razón para escribir—incluso si la “línea oficial” es uno de mis propios inventos—, sino también mi única posibilidad de supervivencia. Estoy tratando de escribir una nota de anti-suicidio.)

(¡Aaayyy! ¡Demonios! ¡Lo hice de nuevo! ¡Perdón! Aquí estaba yo, sentado y escribiendo alegremente, y ahí estaba usted, sentado y leyendo alegre-



¿Por qué existe una silla eléctrica en lugar de una cama o una caja eléctrica? (o mejor aún, ¿por qué no simplemente electrificar el pasillo y cargar-se al pobre tipo mientras cree que camina hacia la silla eléctrica para su último siéntate-y-deja-descansar-tus-cansados-huesos?) Porque si acostáramos al hombre en una cama sería como si quisiéramos curarlo; por eso. Ay, pensar sobre el no-suicidio hizo que me olvidara de seguir con el tema de las sillas y el sexo: pues bien, sin sillas no sólo no nos podemos sentar sobre nuestras posaderas, nuestras posaderas no son nuestras posaderas: nuestros pies lo son. Cada vez que una persona, de cualquier sexo, se levanta de una silla, él o ella revisa sus (falsas) posaderas con la mano: ella alisa su falda sobre el trasero. (“Trasero”, «*rear*», es una palabra anatómica aceptable, igual que *Hintern*, pero no su forma inglesa más común, “parte trasera”, «*rear-end*», que podría estar constituida por nuestros talones.) Las sillas nos centran en ellas para que les quedemos bien y, por lo tanto, delimitan nuestros cuerpos con el fin de volverse esenciales para nuestra sexualidad. ¿Quién, por ejemplo, desde el advenimiento de las sillas, ha pasado alguna vez directamente de una entrevista de pie o caminando a un encuentro sexual, ya sea de pie o recostados en un sitio cómodo? Las sillas nos han convencido de que necesitamos al intermediario, de que requerimos la interpretación y la estimulación previa de las sillas. Sí, está bien, unas pocas personas podrían conocerse bailando y después tal vez se lanzarían a los arbustos de lilas, pero apuesto que eso sólo pasa en las películas. Los viejos rabo-verdes ponen a jovencitas sobre sus regazos, pero sin sillas esos hombres no tendrían regazos. (Con eso no quiero decir que fuera posible que se volvieran menos rabo-verdes o más jóvenes.) Todo el mundo sabe que las pinturas de escenas bíblicas no son históricamente precisas en relación con el tipo de ropa que se usaba en aquellos días; pero ¿por qué nunca pensamos sobre la imprecisión del mobiliario de “La última cena”? Esa noche Jesús no tenía silla. En aquel entonces no había sillas en Israel, a excepción, tal vez, de algunos tronos para Herodes y para Poncio Pilato. La gente iba a su restaurante favorito y, si tenía suerte, le daban algunos cojines. Podemos entender que, de alguna forma, las sillas son tronos: asientos de poder. No es por nada que el presidente, «*chairman*», preside, «*chairs*», la asamblea. (La palabra alemana para *chairman* es *Vorsitzender*, puesto

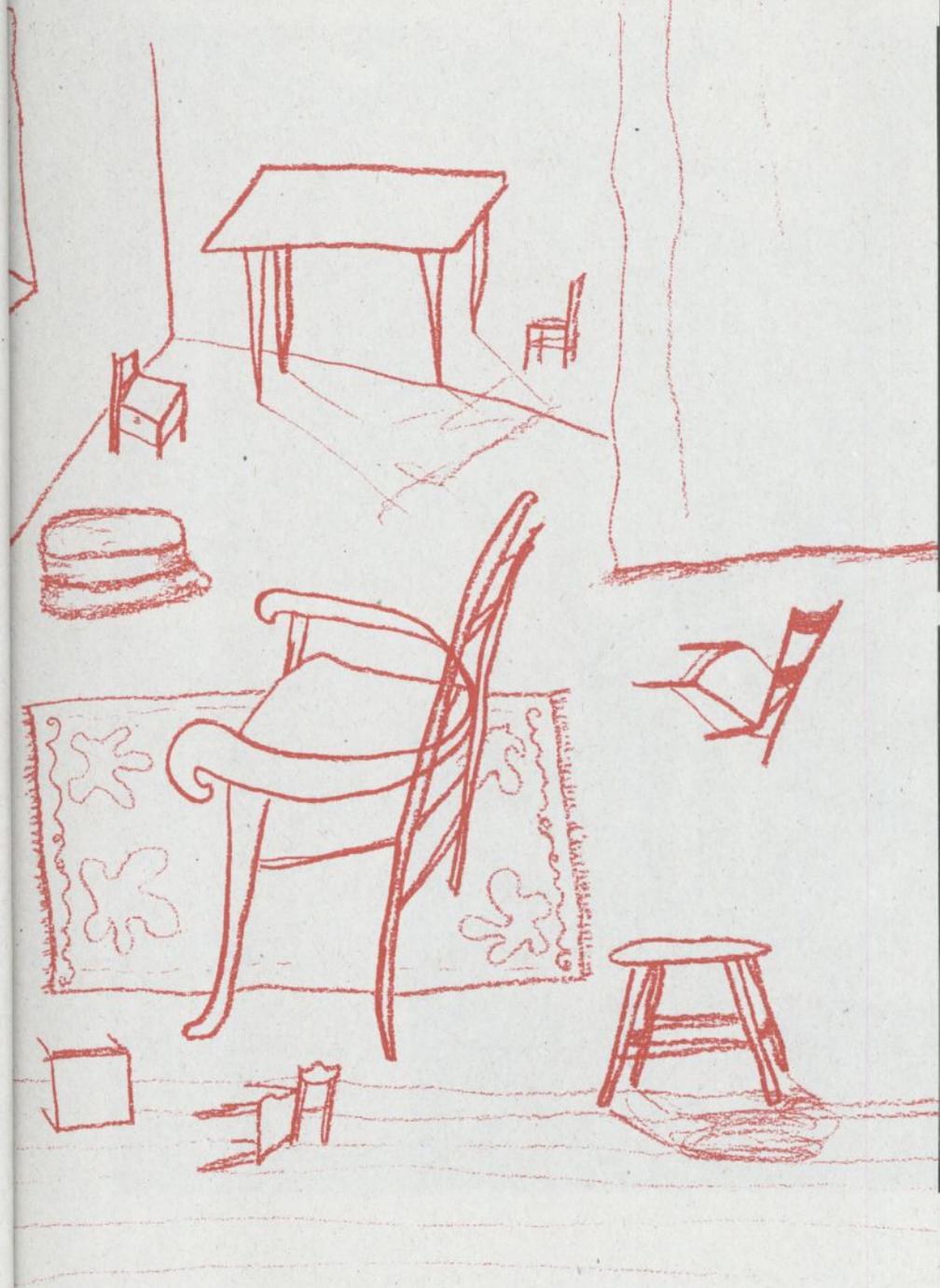
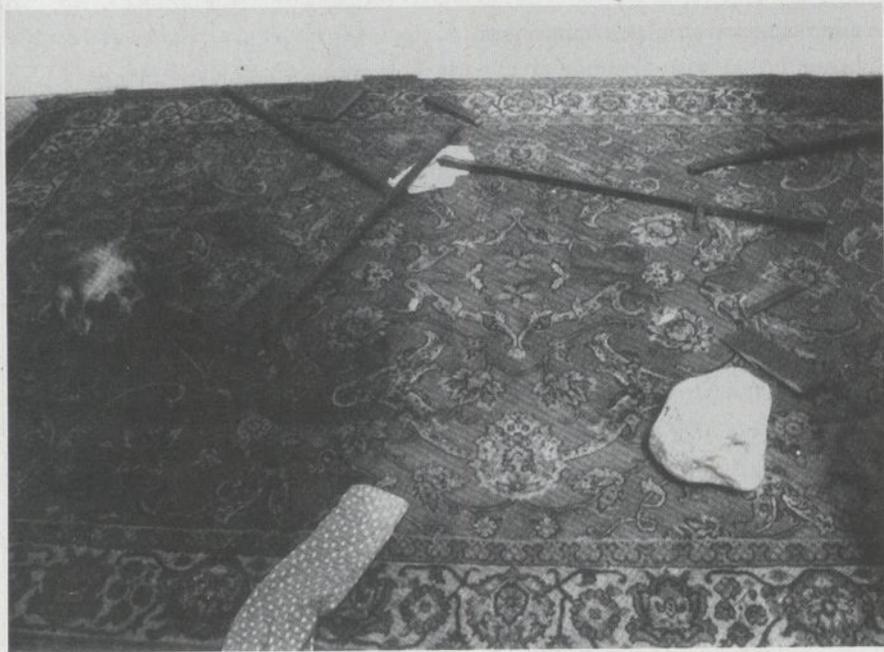
que, en alemán, no se les llama “iglesias” a los taburetes de las iglesias. En alemán no se dice *Stoolman*, «hombre-taburete», sino que se llama la atención sobre el hecho de que el *chairman* se sienta ante nosotros, y se deja a nuestra imaginación en qué clase de objeto podría convertirse al sentarse.) Siempre están agachándose, ¿verdad? Y cuando están vacías siempre se ven vacías. Y mire cómo los artistas —probablemente los miembros más sensibles, observadores e inteligentes de nuestra sociedad— se han sentido fascinados por las sillas en este siglo.² ¡Y ese horrible juego infantil llamado “juego de las sillas”! (Una mujer me dijo, en Suecia, que ese juego le enseñaba a los niños acerca de la vida.)

Mi etimólogo inglés (Eric Partridge) no se interesa demasiado por la palabra “mueble”, «*furniture*»; lo único que dice de ella es que es francesa. En francés, italiano, alemán, español y en prácticamente todos los idiomas, existe una linda palabra para *furniture*, que significa “movible”. Sin embargo, note por favor que *Möbel* o *furniture* ignoran por completo qué está siendo amueblado o qué está siendo cambiado y hacia dónde. Se amuebla la arquitectura, no sólo las “habitaciones”; las cosas se mueven en la arquitectura, no en las “habitaciones”.

La arquitectura no es orgánica, no es parte de la evolución; es una invención del Estado y un programa del Estado. Propongo aquí la tesis de que la arquitectura, como espíritu santo de esta entidad fantasmal y escurridiza llamada Estado, inventó las sillas. Las sillas son espías.

Por cierto, creo que los alemanes lo saben. No les gusta sentarse a comer, ¿o sí? Si uno se detiene en algún cuchitril para comer un tentempié, descubre que todos los cuchitriles tienen mesas redondas sin sillas ni taburetes, y ahí están todos los alemanes, de pie, masticando ufanamente sus salchichones.

Pues bien, aquí hay algo que debería llenarlo de horror y pánico, igual que me sucedió a mí: ¡no existe tal cosa como las sillas!, ¡de verdad! No existen las sillas, ni los taburetes, *Stühle*, como decimos en Berlín. Créame, he estado estudiando esta aparentemente inocua pieza de mobiliario en tres diferentes diccionarios. Sí hay mesas und Tafeln und Tische und platos und camas. Hay pisos y puertas y paredes y ventanas. (Bueno, no ventanas, eso significa “pene”: *penetrator*, *fenêtre*, *Fenster*. Ninguna (ninguna, ninguna, ninguna) de las palabras que usamos para definir esos objetos





tiene la más mínima relación con esos oh-tan inocentes —“sólo siéntate y relájate, cálmate” (!)— objetos que, creemos, son simples sillas. Piense en *Stuhl*: significa “estela”. ¿Y sabe qué es una “estela”? Es “una especie de lápida vertical”, jeso es lo que es! ¡Está sentado en algo que proviene de una lápida! (“De ahí que sea también un pilar”, porque un pilar arquitectónico se parece a una lápida vertical, y yo pretendo probar que es una lápida vertical; así que aunque usted estuviera sentado en una columna corintia en Atenas, ésta sería arquitectura estática. No sería muy apropiado sentarse sobre ella [excepto, por supuesto, en el caso de Simeón el Estilita].) Nunca llega a significar *Stuhl* o taburete.

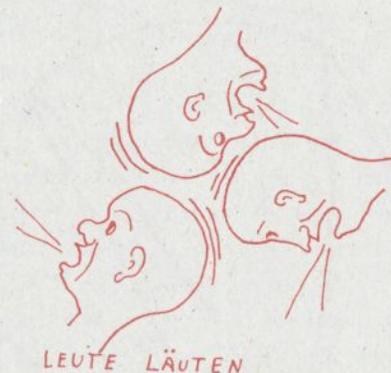
La palabra *chair*, «silla», es aún más mortífera: esta palabra no es más que una mala pronunciación —una elisión, como nos gusta decir a nosotros los lexicógrafos— de la palabra *cathedral*, «catedral». Una silla es una catedral. Pero no crea que una catedral es sólo una iglesia grande y antigua. Una catedral es el “asiento”, sitio o lugar de un obispo. Entonces, cuando decimos *chair* o *chaise*, no sólo estamos pronunciando equivocadamente “catedral”, sino que estamos hablando y reforzando, subliminalmente, un concepto político que no va con nuestra liberación.



Bueno, podría usted decir, sin duda me puedo sentar en mi cómoda silla, o sofá, o en mi *Sessel* alemán, y ponerme a pensar en el asunto. Pues no. Imposible. Tanto el sofá como el *Sessel* son sillas. Pero sillas mal pronunciadas, lo que nos lleva de nuevo a la maldad diabólica de estas lo-que-sean. No sólo las sillas (creo que de ahora en adelante entrecomillaré esa palabra para denotar que en realidad se trata de “supuestas sillas”) son peligrosas para la médula espinal, el área pélvica y el colon humanos; antes de que hubiera “sillas”, ¡no nos sentábamos! Es decir, la palabra “sen-

tarse” no tenía nada que ver con el sentarse de nuestros días. Era, de hecho, una acción semejante a estar de pie, a “quedarse en un lugar”, a estar apostados en un puesto. Antes de estos extraños instrumentos de tortura arquitectónica-lingüística-física-política, no nos sentábamos; se lo digo yo. No teníamos “asiento”, “sitio” o “situación”.

Así que, igual que el Estado mismo, estas no-cosas omnipresentes y demasiado-sólidas nos rigen. Y para evitar que lo notemos, aseguran ser sólo sillas, una pura necesidad.



Durante años he querido hacer un acto con animales. Con caballos, perros, focas, elefantes, pero sobre todo con leones y tigres. Levantaría una enorme tienda o algo parecido y pondría, en su centro, un montón de cosas, como barras sobre las cuales brincar, túneles que atravesar, taburetes para sentarse y aros llameantes por los que habría que saltar. Los animales estarían a los lados y yo realizaría algunos trucos. Me esforzaría por impresionarlos y entretenerlos con mi habilidad para correr, saltar y mantener el equilibrio.

Estoy seguro de que ahora los circos han cambiado, pero antes siempre había un tipo que sostenía una silla y un látigo, y que hacía que los leones y los tigres se sentaran en banquetes. Parecía que con eso se demostraba algo. El público siempre parecía profundamente satisfecho de ver a esos enormes y gruñones felinos sentados alrededor del hombre que sostenía la silla.